

De procesiones en Sigüenza



Los pasos de la Semana Santa seguntina se repiten invariablemente cada año, casi con milimétrica precisión. Toda la fuerza y todo el encanto de las celebraciones, desde Domingo de Ramos hasta el Domingo de Resurrección, radican precisamente en la repetición de la historia y en el respeto por la tradición. Pueden cambiar los protagonistas vivos de algunas celebraciones – incluso, como ocurre este año, el obispo de la diócesis, ahora Don Atilano Rodríguez -, pero nunca cambia lo importante, lo sustancial, el hecho en sí de las procesiones, con “Los Armados” llevando los monumentos por las calles que unen la catedral con las parroquias de San

Vicente y Santa María, o con la Residencia de Ancianos, Nuestra Señora de los Huertos o la restaurada Ermita de la Santa Vera Cruz y Santo Sepulcro, junto a las Madres Ursulinas.

Sigüenza es en sí misma – al menos a mí me lo parece, desde la impresión y el miedo que me causaban en mi infancia los golpes que se dan cada Viernes Santo al finalizar la procesión del Santo Entierro en la puerta del Asilo de Ancianos - una procesión de historia, que se detiene de vez en cuando, para tomar un respiro y continuar el camino sin sobresaltos.

La Ciudad del Doncel es una sede episcopal con un pasado y una historia muy importantes; una ciudad que lleva implícito en su destino el compromiso de superar escollos y trabajar sin desmayo para conservar ese legado. La tarde noche de Domingo de Ramos, mientras la procesión subía lentamente por la calle Medina hasta la catedral, sentí de cerca esa sensación compartida de responsabilidad con un pasado. Y me alegré al ver sudar la gota gorda a una nueva remesa de “Armados”. Son los hijos, nietos y en muchos casos biznietos de aquellos cofrades que a su vez habían tomado de jóvenes el relevo de sus antepasados y que seguramente hoy se sentirían felices al contemplar el orgullo que todavía sienten generaciones posteriores por pertenecer a la Cofradía de la Santa Vera Cruz y Santo Sepulcro.